

su consejo, porque no atreviéndose el rey, que en todo vacilaba, á tomar el mando, y no pudiendo resolverse á confiarle completamente á otro alguno, quería someter á consulta todas las resoluciones de su estado mayor, y analizar cada orden antes de permitir que se ejecutase. A la debilidad de los ancianos se juntaban las pretensiones de los mozos, convencidos de que sólo en ellos residían el talento y el derecho de hacer la guerra. Descollaba entre ellos el príncipe de Hohenlohe, jefe del 2.º ejército y uno de los soberanos alemanes despojados de sus Estados por la nueva confederación del Rhin. Lleno de pasiones y de orgullo, sólo debía su reputación de general entendido y valiente á algunos actos de arrojo, de los cuales salió bien librado en la campaña de 1792. Esta reputación, tan poco merecida, fué bastante para inspirarle la ambición de querer ser independiente del general en jefe, y de obrar según sus inspiraciones personales. Así se lo había pedido al rey, el cual, no atreviéndose ni á acceder ni á negarse á sus deseos, toleró al lado del mando en jefe un mando secundario mal definido, y muy mal ocasionado al aislamiento y á la insubordinación. Pretendiendo atraer hacia sí la guerra, hacia el príncipe de Hohenlohe cuanto podía por convertir en teatro de las principales operaciones el Saale superior que él ocupaba, mientras el duque de Brunswick intentaba fijarle á espaldas de la selva de Turingia, donde había ido á situarse. Este enojoso conflicto debía producir en breve tristes consecuencias.

Venían después los declamadores como el general de Ríchel, el que se había propasado á ofender Mr. de Haugwitz, y el príncipe Luis que tanto había contribuido á arrastrar á la corte á aquella guerra; unos y otros decididos á no favorecer más plan que el que tuviese por objeto la ofensiva inmediata, temerosos de un retroceso hacia las ideas pacíficas, y de un acomodamiento entre Federico Guillermo y Napoleón. Entre estos generales, y formando con ellos contraste, sobresalía el mariscal Kalkreuth, que, si bien no era tan mozo como los unos ni tan proveyecto como los otros, era superior á todos por sus talentos, propio aún para las fatigas, á pesar de haberle cabido una parte gloriosa en las campañas del gran Federico, gozaba y merecía la confianza del ejército, calificaba la guerra actual de extravagante, y de incapaz al caudillo encargado de dirigirla, y además expresaba su opinión con una franqueza que contribuía á aniquilar la autoridad del general en jefe. Por él hubiera querido ser mandado el ejército, á pesar de que para habérselas con Napoleón y sus soldados, tan inútil hubiera sido el mariscal Kalkreuth como el duque de Brunswick. A estos personajes militares se habían ido agregando varios personajes civiles, como el primer ministro Haugwitz, el secretario del rey, Lombard, el ministro de Prusia en París, Lucchesini, además una multitud de príncipes alemanes, entre ellos el elector de Hesse, á quien en vano se pretendía arrastrar á la guerra, y por último, y como complemento de esta confusa mezcla, la misma reina con algunas de sus damas, la cual montando á caballo se presentaba á menudo á las tropas que la saludaban con sus aclamaciones. Cuando las personas sensatas preguntaban qué hacía allí aquella dama augusta que por su posición y su sexo parecía hallarse tan de más en un cuartel general, se contestaba

que su energía era muy útil, porque sólo ella sostenía al rey, evitando que decayese su ánimo, y de este modo, para disculpar su presencia, se alegaba una razón menos decorosa todavía.

Mr. de Haugwitz, Mr. Lombard y todos los antiguos partidarios de la alianza francesa, querían recobrar la gracia de Napoleón, valiéndose de una desaprobación poco honrosa de su misma conducta anterior. Los dos mencionados sujetos, que tenían entendimiento bastante para juzgar de lo que estaba pasando, y que hubieran debido retirarse cuando la política de paz resultó imposible para dejar á Mr. de Hardemberg soportar las consecuencias de la política de guerra, afectaban por el contrario los más ardorosos sentimientos para que se creyese en la sinceridad de su desengaño. Llevaban su torpeza hasta el punto de calumniarse á sí mismos, insinuando que su adhesión á la alianza francesa sólo había sido un fingimiento para engañar á Napoleón y para demorar un rompimiento que ellos ya prevenían, pero cuyo término les había imperiosamente mandado desviar todo lo posible el rey, amante siempre de la paz. No era en verdad mostrar mucho tacto ni decoro el pasar por falsos antes para venderse como sinceros ahora. Todo lo que Haugwitz ganaba conduciéndose de esta manera, era perder en un día todo el mérito de su prudente política, para hacerse responsable de una política desastrosa en que nada tenía que ver.

Había á la sazón en Alemania un folletista ingenioso y elocuente, irreconciliable enemigo de la Francia, y cuya exaltación patriótica, aunque verdadera, no era de todo punto desinteresada, por cuanto recibía de los gabinetes de Viena y de Londres el premio de sus diatribas: era éste Mr. de Gentz. Él era el que de muchos años atrás escribía los manifiestos de la coalición, y el que llenaba los diarios de Europa con virulentas declamaciones contra la Francia. Haugwitz y Lombard le llamaron al cuartel general prusiano para que se encargase de redactar el manifiesto de la Prusia, y no cesaban de hacer á aquel autor de libelos objeto de sus ruegos, de sus agasajos y de sus disculpas, colmándole de halagos y de muestras de distinción, hasta presentarle á la misma reina, y proporcionarle con ella algunas entrevistas. Después de haberle denunciado en repetidas ocasiones á la Francia como un botafuegos vendido á la Inglaterra, le suplicaban ahora que inflamase los corazones alemanes contra esa misma Francia, y le encargaron además que sirviese con el Austria de garante de su sinceridad, disculpándose de presentarse tan tarde á combatir al enemigo común con la aseveración de haberle siempre detestado.

De este modo se discutía en Prusia la política y la guerra, en medio de aquella chocante mezcla de militares, príncipes, ministros, hombres y mujeres ocupados todos en opinar, aconsejar, aprobar ó censurar. Mr. de Haugwitz, deseoso de prolongar sus ilusiones, como en otro tiempo su poder, afectaba querer persuadir á todos de que las cosas iban á las mil maravillas, muchísimo mejor de lo que se hubiera podido esperar. Jactábase de haber hallado en el Austria predisposiciones de extrema benevolencia, y hasta hablaba de comunicaciones secretas que hacían presagiar el próximo auxilio de esta potencia. Celebraba la generosidad del emperador Alejandro, yregonaba como noticia segura la llegada in-

mediata de las tropas rusas al Elba. Daba como cierta la adhesión del elector de Hesse, y la reunión con el ejército prusiano de treinta mil hessenses que eran los mejores soldados de la confederación. Anunciaba por último la reconciliación repentina de la Prusia con la Inglaterra, y la salida de un plenipotenciario británico con dirección al cuartel general prusiano. No podía creer sin embargo en semejantes noticias, porque le constaba que vivo aún en el Austria el recuerdo de la conducta observada con ella, esta potencia sólo se reuniría con la Prusia el día en que Napoleón fuese vencido, es decir, cuando ya no hubiese necesidad de ella; sabía que las tropas rusas llegarían al Elba dentro de tres ó cuatro meses, es decir, cuando la cuestión estuviese ya decidida; que el elector de Hesse, siempre astuto, esperaba para pronunciarse el resultado de la primera batalla; y que la Inglaterra, cuya reconciliación con la Prusia era en efecto cierta, sólo podía suministrar dinero, cuando para contrarrestar á los terribles soldados de Napoleón sola le cumplía recibir tropas. Sabía que la cuestión consistía en vencer con el ejército prusiano, reducido á sus propias fuerzas, enervado por una larga paz y mandado por un anciano, al ejército francés mandado por Napoleón y constantemente vencedor los últimos quince años; pero deseoso de alucinar á los demás y de alucinarse él mismo por algún tiempo más, divulgaba rumores en los cuales no creía, y ponía empeño en llenar con sombras el precipicio hacia donde se encaminaba.

En la discusión de los planes de campaña no manifestaron mayor previsión y tino: todo lo que sacaron de las grandes lecciones del arte militar dadas por Napoleón á la Europa, fué que era menester tomar inmediatamente la ofensiva y combatir á los franceses con sus propias armas, es decir, con la audacia y la celeridad; y como la Prusia no era capaz de soportar mucho tiempo los gastos consiguientes á un armamento tan en grande, apresurarse á concluir de una vez dando una batalla decisiva con todas las fuerzas reunidas de la monarquía. Aun á pesar de los escarmientos de Austerlitz, de Hohenlinden y de otras cien batallas campales, creían formalmente que los franceses ágiles y vivos, si bien eran idóneos para una guerra de escaramuzas, eran poco menos que inútiles en una acción general en que se empeñasen grandes masas, y en la cual la sólida y profunda táctica del ejército prusiano debía triunfar de su inconsistente agilidad.

Para agrandar á aquel agitado círculo y ser escuchado con benevolencia era preciso ante todo hablarle de guerra ofensiva. Cualquiera que hubiese presentado un plan de guerra defensiva, por bien razonado que estuviera, y que invocando las reglas eternas de la prudencia se hubiera atrevido á decir que á un enemigo profundamente experimentado y prodigiosamente impetuoso, hasta entonces invencible, no había más que oponer que el tiempo, el espacio y los obstáculos naturales bien elegidos, sabiendo esperar la ocasión que la fortuna no concede ni á los temerarios que se le anticipan, ni á los tímidos que la huyen, sino á los diestros en apoderarse de ella cuando se presenta; cualquiera que se hubiera atrevido á dar semejantes consejos hubiera sido despreciado como un cobarde ó como un traidor vendido á Napoleón. Y sin embargo, el simple

sentido racional aconsejaba que no pudiendo á la sazón el ejército prusiano hacer frente al ejército francés, el partido más acertado era oponer á Napoleón no precisamente pechos de soldados, sino obstáculos de otra naturaleza. Estos obstáculos, como ya se dejaban entrever y como la experiencia los señaló en breve, eran la distancia, el clima y la reunión de las fuerzas rusas y alemanas en las heladas profundidades del Norte; era locura venir al encuentro de Napoleón, y evitarle recorrer la mitad del camino trasladando la guerra á un clima templado y proporcionándole la ventaja de batir á los prusianos antes de la llegada de los rusos. No convenía, teniendo un enemigo tan ligero, tan activo y tan hábil para sacar partido de un movimiento falso, tomar una posición sobradamente avanzada y exponerse á quedar interceptado con respecto á la línea de operación, separado del Elba y del Óder, envuelto y aniquilado al principio mismo de la campaña. Los austriacos, á quienes tanto se había censurado el año anterior, hubieran podido servir de escarmiento é impedir con la memoria de sus desastres que por segunda vez se hiciese representar á los alemanes el triste papel de sorprendidos, batidos y desarmados antes de la llegada de sus auxiliares del Norte.

Así la prudencia enseñaba que en vez de adelantarse hasta las enmarañadas cumbres que separan los valles del Elba y del Rhin, convenía mantenerse simplemente en masa detrás del Elba, única barrera que podía detener á los franceses, disputarles su paso lo mejor que se pudiera, y una vez atravesado replegarse hacia el Óder, y del Óder hacia el Vístula, hasta llegar á reunirse con los rusos; procurando no aventurar sino acciones parciales, que sin comprometer cosa alguna, hubieran hecho recobrar á los prusianos el hábito de la guerra que en los últimos tiempos habían perdido; cuando hubieran podido reunir ciento cincuenta mil prusianos con otros ciento cincuenta mil rusos en las llanuras ya pantanosas, ya cubiertas de hielo de la Polonia, entonces hubieran empezado las grandes dificultades para Napoleón.

Para concebir este plan, fuerza es repetirlo, no se necesitaba genio sino mero discurso racional; por otra parte hasta un francés, y gran general por cierto, Dumouriez, que en otro tiempo había libertado á la Francia contra aquel mismo duque de Brunswick y que después, degradado por el destierro, daba consejos á nuestros enemigos sin ser oído, enviaba continuamente informes y proyectos á los gabinetes europeos para persuadirles de que el medio más seguro de vencer á Napoleón era retirarse y oponerle por obstáculos las distancias, el clima, el hambre y las ruinas; tan convencido estaba de esto el mismo Napoleón, que cuando le informaron de que los prusianos se adelantaban atravesando el Elba, no quiso al pronto creerlo (1).

(1) He aquí un fragmento de carta que revela el modo de pensar de Napoleón sobre este hecho.

Al mariscal príncipe de Neufchatel.
Saint-Cloud, 24 de septiembre de 1806.

Envío á usted, mi estimado primo, copia de las órdenes para el movimiento del ejército que le dirigí en la mañana del 20 del corriente, y que me pesa no haberle enviado doce horas después de la salida de mi correo del 20 de septiembre, porque hubiera podido ser interceptada. Sin embargo, no tengo motivo para temerlo. Usted ha debido recibir el 24 á mediodía mi primer correo del 20.

Verdad es que adoptando este plan se perdía la cooperación de la Hesse y de Sajonia, abandonando sin combate al enemigo las más florecientes provincias de la monarquía, y comprometiendo con una retirada tan repentina no sólo los recursos de que aquellas provincias abundan, sino también la capital y el honor mismo de las armas. Pero estas objeciones, de gran trascendencia sin duda alguna, eran más especiosas que sólidas. En efecto, la Hesse repugnaba entregarse á hombres que llevaban ya marcado en la frente el sello de la derrota. Veinte mil sajones no compensaban el sacrificio de un buen sistema de guerra. Las provincias que se hacía escrúpulo de abandonar iban á perderse de grado ó por fuerza con un movimiento ofensivo de Napoleón; y cuando se había visto á éste recorrer el Austria á paso de gigante sin ser bastantes á detenerle las montañas y los ríos, era una puerilidad quererle disputar el terreno á palmos. Era seguro que las líneas de la selva de Turingia, del Elba y del Óder, que tanto se temía entregar, quedarían salvadas por Napoleón á la primera maniobra sin poderlas ellos utilizar para irse gradualmente replegando, y teniendo que perder, además de las provincias entre ellas comprendidas, el ejército mismo, es decir, la monarquía. Finalmente, por lo que hace al honor de las armas era preciso prescindir de las apariencias, porque es sabido que cuando una retirada puede atribuirse á cálculo, jamás compromete la reputación de un ejército.

Además, ninguna de estas ideas fué discutida en aquel tumultuoso consejo en que rey, príncipes, generales y ministros, deliberaban sobre las operaciones de la próxima campaña. Hacíase con tal acaloramiento que sólo se permitía discutir los planes ofensivos, y todos éstos se dirigían á llevar el ejército prusiano á la Franconia, donde se hallaba el ejército francés acantonado, para sorprenderle y lanzarle al Rhin antes que tuviera tiempo de reunirse.

El plan más conveniente para la prudencia del duque de Brunswick hubiera sido permanecer oculto detrás de la selva de Turingia, y en aquella posición esperar á que Napoleón asomase por uno ú otro lado, ya por los desfiladeros de la Franconia en Sajonia ó ya por la carretera central de Alemania que va de Francfort á Weimar. En el primer caso los prusianos, dando la derecha á la selva de Turingia y protegido el frente por el Saale, no tenían que hacer más que dejar llegar á Napoleón. Si éste trataba de acometerlos antes de pasar adelante, le oponían las orillas de aquel río, casi inaccesible ante un ejército de ciento cuarenta mil hombres. Si se dirigía al Elba, le iban siguiendo siempre, protegidos por aquellas mismas orillas; si por el contrario Napoleón, lo que era menos probable atendido el punto que había elegido para reunir sus tropas, atravesando toda la Franconia quería tomar la carretera

Cuando ésta llegue á sus manos, lo que seguramente sucederá el 27, ya habrá recibido órdenes el mariscal Soult, que emprenderá su marcha el 26; y necesitando éste tres ó cuatro días de marcha para trasladarse á Amberg, pudiera suceder que estuviese allí para el 30, no teniendo orden de estar sino para el 3. Recibirá usted el presente correo el 27 para acelerar el movimiento del mariscal Soult. Conviene que llegue pronto á Amberg, puesto que el enemigo se halla en Hoff, extravagancia de que no le creía capaz juzgando que permanecería en la defensiva á lo largo del Elba...
-NAPOLEÓN. (N. del A.)

central de Alemania, era tan largo este camino, que dejaba tiempo para reunirse en masa y escoger un terreno conveniente para presentarle la batalla en el momento mismo de desembocar por las montañas; de no adoptar desde el principio la línea del Elba como primer teatro de la guerra defensiva, lo mejor que podía hacerse seguramente era situarse detrás de la selva de Turingia, como estaba dispuesto á verificarlo el duque de Brunswick.

Pero aunque tal era su opinión no se atrevió á proponerla. Cediendo al torrente general imaginó un plan de guerra ofensiva; y el príncipe de Hohenlohe, su habitual opositor, imaginó otro. Para tomar la posición que ocupaban, el duque de Brunswick había salido de Magdeburgo, y el príncipe de Hohenlohe de Dresde, el primero subiendo por la orilla izquierda del Saale, y el segundo por la orilla derecha. Como ya hemos dicho, según el sistema de la guerra ofensiva se podía pasar por uno ú otro lado de la selva de Turingia, ya tomando el Saale superior corriente arriba, atravesando los desfiladeros que ponen en comunicación á Sajonia con la Franconia, ante los cuales se reunían á la sazón los franceses, ya encaminándose por el lado opuesto atravesando la Hesse superior y marchando desde Eisenach sobre Fulda, Schweinfurt y Wurtzburgo. Queriendo el príncipe de Hohenlohe hacer el papel principal proponía, dejando al duque de Brunswick en el sitio que ocupaba, subir el Saale superior corriente arriba, atravesar los desfiladeros de Franconia, apoderarse del Mein superior, sorprender á los franceses antes que tuvieran tiempo de reunirse, y repelerlos hacia el Mein inferior sobre Wurtzburgo, Francfort y Maguncia. Apenas empezasen aquéllos á cejar, debía reunirse el duque de Brunswick por el camino que quisiera, para acabar la derrota de los franceses con todas las fuerzas prusianas reunidas.

El duque de Brunswick había formado el proyecto de obrar por el lado opuesto, de adelantarse por Eisenach, Fulda, Schweinfurt y Wurtzburgo, es decir, por el camino central de Alemania, caer sobre el mismo Wurtzburgo, y separar de este modo de Maguncia á las tropas francesas que ocupaban la Franconia. Este proyecto era sin disputa mejor, porque mientras el príncipe de Hohenlohe proponiendo desembocar sobre el Mein superior hubiera hecho á los franceses replegarse hacia el Mein inferior, desde Coburgo hacia Wurtzburgo, y hubiese procurado juntarlos en su retirada, el duque de Brunswick por el contrario, encaminándose derechamente á Wurtzburgo, hubiera separado á los franceses que ocupaban el Mein superior de los que se hallaban en el Mein inferior, y se hubiera interpuesto entre Wurtzburgo, que era el centro de sus tropas, y Maguncia, que era su base de operaciones. Además hubiera obrado con ciento cuarenta mil hombres reunidos, é intentado la ofensiva con toda la masa de fuerzas que ésta requiere una vez deliberada. Pero cualquier plan que se adoptase, para que tuviese probabilidades de buen éxito, era menester en primer lugar que el ejército prusiano fuese, ya que no igual en calidad al ejército francés, capaz al menos de resistir su encuentro; en segundo lugar, adelantarse á Napoleón y sorprenderle antes que hubiese reunido todas sus fuerzas sobre Wurtzburgo. Pero el duque de Brunswick había comunicado sus órdenes para

emprender el movimiento el 10 de octubre, y Napoleón estaba en Wurtzburgo desde el 3 al frente de sus fuerzas reunidas, y dispuesto ya á arrostrar todos los acontecimientos.

Mientras así se disputaba sobre los planes ofensivos, todos ellos fundados en el ridículo supuesto de sorprender á los franceses el 10 de octubre, cuando Napoleón se hallaba ya el día 3 con sus tropas reunidas, se supo su llegada á Wurtzburgo, y empezaron á entreverse sus disposiciones. Entonces se vió lo mal que se había calculado graduando la actividad francesa por la propia, y el duque de Brunswick, que á pesar de no estar dotado del buen ojo y de la resolución de los grandes generales tenía, sin embargo, un juicio experimentado, comprendió mejor que ninguno el peligro de ir á arrostrar el ímpetu del ejército francés, ya formado y con Napoleón á su frente: desde aquel punto renunció á sus proyectos de ofensiva, sólo por condescendencia fraguados, y se adhirió más y más á la posición defensiva que había tomado á espaldas de la selva de Turingia. Procuraba por todos sus medios hacer palpables á los que le rodeaban las ventajas de aquella posición, y no cesaba de repetirles que si Napoleón pasaba por Koenigshofen, Eisenach, Gotha y Erfurt, lo cual le conduciría á Alemania por la carretera central, se le podía acometer por el flanco en el momento mismo de desembocar por las montañas; que si por el contrario asomaba por los desfiladeros que conducían de la Franconia á Sajonia sobre el Saale superior, ocupando la corriente de este río, se le podía esperar á pie firme detrás de sus escarpadas orillas. Otras razones además que el duque no declaraba le hacían preferir decididamente aquella posición; desaprobaba en el fondo la guerra, y acababa de descubrir con júbilo una probabilidad de conjurarla. Si se había de dar crédito á los espías, Napoleón estaba ejecutando grandes obras defensivas hacia Schweinfurt, sobre el camino mismo de Wurtzburgo á Koenigshofen y Eisenach. Era cierto que Napoleón, con objeto de engañar á los prusianos, había mandado hacer trabajos en diferentes direcciones, y principalmente en la de Schweinfurt y Koenigshofen, Hildburghausen y Eisenach, de lo cual deducía el duque de Brunswick, no precisamente que Napoleón tratase de asomar por la carretera central de Francfort á Weimar, pero sí que tratara de establecerse en los contornos de Wurtzburgo tomando una posición defensiva. Corroborábanle en esta opinión sus conferencias con Mr. de Lucchesini. Este embajador, que tan torpemente había provocado la cólera de su gabinete dos meses antes con sus exagerados despachos, haciendo ahora una mezcla de verdades y mentiras, aunque mintiendo más que diciendo la verdad, afirmaba que Napoleón en el fondo no deseaba la guerra; que si bien se había conducido ligeramente con la Prusia, nunca había abrigado contra ella ningún proyecto de agresión, y que por lo tanto sería muy posible que hubiese ocupado á Wurtzburgo sólo con el intento de esperar bien atrincherado la resolución del rey Federico Guillermo.

Muy tarde se anunciaba esta verdad, y para manifestarla se elegía precisamente la época en que ya había dejado de serlo. En efecto, si bien Napoleón antes de dejar á París había tenido cierta repugnancia en abrir aquella campaña y se había mostrado dispuesto á termi-

nar sus diferencias con la Prusia por medio de explicaciones amistosas, hallándose ya ahora al frente de su ejército y con su espada medio desenvainada, su único deseo era acabarla de blandir y obrar con toda la presteza que le era peculiar. Nada era menos compatible con su carácter que el supuesto proyecto de establecerse en los contornos de Wurtzburgo en una actitud defensiva; sin embargo, el duque de Brunswick deducía con secreto júbilo de este proyecto, falsamente atribuido á Napoleón, y de los informes de Mr. de Lucchesini, que aun era posible evitar la guerra, sobre todo si se tenía la precaución de permanecer á espaldas de la selva de Turingia y de oponer este obstáculo al encuentro de los dos ejércitos.

El rey sin manifestarlo era de la misma opinión: convocó para el 5 de octubre en Erfurt el último consejo de guerra, y asistieron á él el duque de Brunswick, el príncipe de Hohenlohe, el mariscal de Mollendorf, muchos oficiales de estado mayor, los jefes de los cuerpos, y el mismo rey con sus ministros. En este consejo, que duró dos días enteros, propuso el duque la siguiente cuestión: ¿sería prudente ir á buscar á Napoleón á una posición inaccesible, no teniendo ya, como en el primer proyecto de ofensiva, esperanzas de sorprenderle? Este punto fué discutido larga y acaloradamente. El príncipe de Hohenlohe volvió á insinuar de nuevo, por medio de su jefe de estado mayor, la idea de operar por el Saale superior y de cruzar los desfiladeros en cuya salida tenía reunidas Napoleón sus tropas; pero los partidarios de Brunswick rebatieron este plan y encarecieron nuevamente las ventajas de la posición ocupada á espaldas de la selva de Turingia. De este modo los dos generales en jefe sostuvieron una disputa tenaz por medio de sus oficiales de estado mayor respectivos; pero no resultó avenencia alguna, y es de observar que mientras el duque de Brunswick estaba ocupado en acaloradas contestaciones con el príncipe de Hohenlohe, Mr. de Haugwitz disputaba también con Mr. de Lucchesini, y sostenía que ya no era tiempo de confiar en las pacíficas disposiciones atribuidas á Napoleón. Al choque de las ideas se juntó el choque de las pasiones, y el general Rúchel se propuso á ofender de nuevo á Mr. de Haugwitz. Nadie sacó de aquellos debates más que grandes perplejidades en el ánimo y amargura profunda en el corazón; el rey principalmente, que con tan buena fe trataba de ilustrarse sin fiarse en sus propias luces y que conocía lo inminente del peligro, se sentía el alma traspasada. Reconociendo la imposibilidad de fijarse, el consejo, que experimentaba la necesidad de conocer más á fondo las verdaderas resoluciones de Napoleón, se decidió por la idea de un reconocimiento general verificado simultáneamente por los tres principales cuerpos de ejército del príncipe de Hohenlohe, del duque de Brunswick y del general Rúchel; pero el rey hizo modificar este singular acuerdo reduciendo los tres reconocimientos á uno solo, dirigido por el coronel de Reuffling, oficial de estado mayor del duque de Brunswick, y por el mismo camino de Eisenach á Schweinfurt donde Napoleón parecía hacer sus preparativos de defensa. Se comunicó orden al príncipe de Hohenlohe para continuar la reunión del ejército de Silesia en el Saale superior, dejando al general Tauenzien con el destacamento de Bayreuth en observación hacia los desfiladeros de la

Franconia. A esta medida militar se agregó otra política, cual fué la de dirigir á Napoleón una nota definitiva manifestándole las resoluciones irrevocables de la corte de Prusia. En esta nota debían exponerse las relaciones que entre las dos cortes habían mediado, los malos procedimientos con que la Francia había pagado las consideraciones de la Prusia, y la obligación que tenía el gabinete de Berlín de exigir una explicación comprensiva de todos los intereses litigiosos, y á la cual precediese una medida de tranquilidad para la Alemania, á saber, la retirada inmediata de las tropas francesas á la parte de acá del Rhin. Señalábase para esta retirada un término fijo que debía empezar el día 8 de octubre.

Si realmente se deseaba la paz, la proyectada nota era muy mal medio de conseguirla, porque dirigir á Napoleón una intimación de retirarse en día señalado era desconocer singularmente su carácter. Pero mientras el duque de Brunswick y el rey trataban de buscar el último recurso para conservar la paz, manteniéndose detrás de la selva de Turingia para contentar á los fanáticos que inducían á la guerra, se veían precisados á hacer aparentes demostraciones de resentimiento y coraje, sometiéndose de este modo á los caprichos de un ejército transformado en motín popular, y que vociferaba, exigía y mandaba como hace el populacho cuando le sueltan la rienda.

Así gastaron los prusianos el tiempo que Napoleón por su parte empleaba en preparativos con tanta actividad y tino. Sin detenerse en Wurtzburgo pasó á Bamberg, donde se propuso diferir su entrada en Sajonia hasta la postrera resolución de la Prusia, que tomó sobre sí el desafuero de la agresión en vez de dejarlo caer sobre su enemigo. Su ala derecha, compuesta de los cuerpos de los mariscales Soult y Ney, estaba más allá de Bayreuth pronta á desembocar por el camino que conduce desde este punto á Hof, sobre el Saale superior. Su centro, formado por los cuerpos de los mariscales Bernadotte y Davout, precedido por la reserva de caballería y seguido por la infantería de la guardia, estaba en Kronach esperando tan sólo la orden de avanzar por Lobenstein, sobre Saalburgo y Schleitz. Su izquierda, compuesta de los cuerpos de los mariscales Lannes y Augereau, haciendo engañosos amagos hacia Hildburghausen, debía dirigirse á la primera señal de izquierda á derecha, de Coburgo hacia Neustadt, con objeto de desembocar por Grafenthal hacia Saalfeld. Estas tres columnas tenían que recorrer los angostos desfiladeros coronados de rocas y bosques que ponen en comunicación la Franconia con Sajonia, y que van á parar al Saale superior. Pero no estaba aún salvada la frontera de Sajonia y había que permanecer en el territorio franconiano siempre en disposición de seguir marchando. Verdad es que la guardia imperial no estaba toda reunida; faltaban su caballería y artillería, que no habían podido, como la infantería, viajar en posta; faltaban también las compañías de preferencia y el tren principal. Napoleón, sin embargo, tenía á su disposición cerca de ciento setenta mil hombres, es decir, más de lo que necesitaba para aniquilar al ejército prusiano.

Al recibir el día 7 la nota de la Prusia montó en violenta cólera. El mayor general Berthier se hallaba con él, y le dijo: «Príncipe, seremos puntuales á la cita, y en vez de estar en Francia el día 8, estaremos en Sajo-

nia.» Después de lo cual dirigió á su ejército la siguiente proclama:

«SOLDADOS:

»La orden para vuestro regreso á Francia estaba ya dada; habíais ya hecho muchas jornadas para volver á pisar su suelo, donde os esperaban con fiestas de triunfo! Pero mientras nosotros nos abandonábamos á la seguridad con confianza excesiva, nuevas tramas se estaban urdiendo bajo la máscara de la amistad y de la alianza. En Berlín han resonado gritos de guerra: el mismo vértigo que hace catorce años conducía á los prusianos á favor de nuestras disensiones intestinas á las llanuras de la Champaña, domina todavía en sus consejos; y aunque ya no intentan destruir á París hasta reducir á polvo sus cimientos, se vanaglorian ahora de enarbolarse sus banderas en las capitales de nuestros aliados, é intentan arrancar de nuestra frente los laureles! Quieren que desocupemos la Alemania á la presencia de su ejército... Soldados, ninguno de vosotros quiere volver á Francia por otro camino más que el del honor. Sólo debemos entrar en ella por arcos triunfales. ¿Será que hayamos arrojado la furia de los mares, de los desiertos y de las estaciones, vencido muchas veces á la Europa coligada contra nosotros y llevado nuestra gloria de Oriente á Occidente, para regresar hoy á nuestra patria como tráfugas, abandonando á nuestros aliados, y para oír que se diga del águila francesa que huyó una vez espantada al aspecto de las águilas prusianas? ¡Ay de los que nos provocan! ¡Sufran los prusianos el mismo escarmiento que sufrieron hace catorce años! Sepan que si es fácil adquirir un aumento de territorio y de poder con la amistad de un gran pueblo, su enemistad es más terrible que las tempestades del Océano.»

Al día siguiente, 8 de octubre, dió orden Napoleón á todo el ejército para invadir la frontera de la Sajonia. Movieronse á un tiempo las tres columnas de que se componía. Murat, que precedía al centro, fué el primero que entró al frente de la caballería ligera y del 27 de ligeros, y desparramó sus escuadrones por el desfiladero del medio que va de Kronach á Lobenstein. No bien llegó al otro lado de las enmarañadas alturas que separan la Franconia y la Sajonia, envió hacia Hof, por la derecha, y hacia Saalfeld, por la izquierda, varios destacamentos para dejar desembarazada la salida de las gargantas por donde debían penetrar las otras columnas del ejército.

Continuó después su marcha directamente de Lobenstein hacia Saalburgo, donde encontró apostada en Saale una fuerza de infantería y caballería perteneciente al cuerpo del general Tauenzien. Al pronto pareció querer defender el enemigo el Saale, que por aquel punto de su corriente es un obstáculo de poca monta, y disparó contra nuestros jinetes varios tiros de cañón; le respondieron unas cuantas piezas de artillería ligera, agregadas por lo común á la reserva de caballería y después se le acometió con varias compañías de infantería del 27 ligero. Sin defender el paso del Saale, ni á Saalburgo, se replegó hacia Schleitz, á cierta distancia del punto donde ocurrió este primer encuentro. Por el lado de Hof sobre nuestra derecha nada descubrió la caballería que pudiese entorpecer la marcha de los mariscales Soult y Ney, los cuales por otra parte llevaban fuerza

suficiente para abrirse camino; pero en la dirección de Saalfeld descubrió lejana una gran fuerza mandada por el príncipe Luis. Los dos cuerpos del general Tauenzien y del príncipe formaban parte del ejército de Hohenlohe, el cual, desobedeciendo la orden formal que se le había dado de pasar á la orilla izquierda del Saale y de apoyarse en el cuerpo del duque de Brunswick, continuaba disperso en el país montuoso que el Saale atraviesa á su nacimiento.

Las tres columnas del ejército francés continuaron avanzando simultáneamente por los desfiladeros indicados, quedando, no obstante, algo rezagada la de la izquierda por tener que dirigirse otra vez desde Coburgo hacia Grafenthal, y hacer por consiguiente doce leguas por caminos dificultosos para la artillería. Por lo demás ningún obstáculo formal detenía la marcha de nuestras tropas. El ejército estaba en excelente espíritu; mostraba el soldado la mayor alegría, y no parecía importársele nada por los trabajos inevitables que tenía que sufrir en un país pobre y dificultoso; la victoria que esperaba con fe era para él el resarcimiento de todos los males.

Al siguiente día, 9 de octubre, dejando atrás á Saalburgo, penetró el centro hacia Schleitz después de haber atravesado el Saale. Marchaban á la cabeza, Murat con dos regimientos de caballería ligera, y Bernadotte con la división de Drouet. Llegaron sobre Schleitz hacia mediodía. Schleitz es un pueblo situado sobre una pequeña corriente de agua que con el nombre de Wiesenthal da su tributo al Saale. Más allá de este pueblo y de la corriente del Wiesenthal, al pie de una colina se divisaba dispuesto en batalla el cuerpo del general Tauenzien. Daba la espalda á dicha altura con su infantería desplegada, su caballería formada sobre sus dos alas, y su artillería al frente. Su fuerza parecía ser de unos ocho mil infantes y dos mil caballos. Napoleón había hecho noche en las cercanías de Saalburgo, y al acudir de mañana á aquel paraje, viendo al enemigo, mandó el ataque. El mariscal Bernadotte envió sobre Schleitz varias compañías del 27 ligero al mando del general Maisón. Advertido el general Tauenzien de que el grueso del ejército francés seguía el movimiento de aquella vanguardia, no trató de defender el terreno que ocupaba, y se contentó con reforzar el destacamento que defendía á Schleitz, para tener tiempo de retirarse empujando una escaramuza de retaguardia. El general Maisón entró en Schleitz con el 27 ligero y repelió á los prusianos. Al mismo tiempo los regimientos 94 y 98 de línea de la división de Drouet atravesaban á Wiesenthal, el uno por debajo del Schleitz y el otro por el pueblo mismo, y contribuían á acelerar la retirada del enemigo, que se dirigió hacia las alturas de la espalda de aquel pueblo. Fué perseguido rápidamente por aquellas alturas, y después de llegar á su cumbre continuó la persecución por la opuesta corriente. Murat con el 4.º de húsares y el 5.º de cazadores (este último un tanto rezagado) estrechó á la infantería enemiga que iba escoltada por dos mil caballos. Al ver la escasa fuerza que Murat mandaba, cayeron sobre él varios escuadrones prusianos; pero los esperó, y cerrando con ellos sable en mano al frente del 4.º de húsares consiguió rechazarlos. Fué en breve acometido por una caballería más numerosa, y mandó apresuradamente en busca del 5.º de cazadores y de la infantería ligera del general

Maisón, que aun no se le habían podido reunir. Tuvo en el intervalo que sufrir varias cargas, y lo hizo, con su valentía acostumbrada; llegó felizmente á galope el 5.º de cazadores, los reunió con el 4.º de húsares y dió á su vez una carga impetuosa. Pero el general Tauenzien, para desembarazarse de estos dos regimientos de caballería ligera, lanzó contra ellos los dragones rojos de Sajonia y los húsares prusianos, á punto de llegar al sitio del combate cinco compañías del 27 ligero, conducidas por el general Maisón. No teniendo éste tiempo para formarlas en cuadro, las dispuso protegiendo el flanco de nuestra caballería, y en seguida mandó hacer á boca de jarro un fuego tan certero que derribó á doscientos dragones rojos. Huyó entonces toda la caballería prusiana; Murat emprendió su persecución con el 4.º de húsares y el 5.º de cazadores, y repelió á los bosques desordenadamente la caballería y la infantería del general Tauenzien. Continuó el enemigo huyendo disperso, arrojando por los senderos fusiles y morriones, y dejando en nuestro poder cerca de cuatrocientos prisioneros además de trescientos muertos y heridos; pero el efecto moral de este combate fué mayor que la derrota material, pues conocieron los prusianos con qué soldados tenían que habérselas. Si Murat, como le hizo observar Napoleón, hubiera tenido alguna caballería más, su pérdida hubiera sido menor, no hubiera tenido que exponer tanto su persona, y los resultados hubieran sido más considerables (1).

Mucho se holgó Napoleón de este primer encuentro, que le probaba cuán poco temible era la caballería prusiana, aunque bien montada y diestra en el manejo de sus caballos, para sus firmes infantes y sus denodados jinetes. Estableció su cuartel general en Schleitz para esperar allí el resto de la columna del centro, y principalmente para que su derecha, conducida por los ma-

(1) *Al gran duque de Berg y de Cleves, en Schleitz.*

Cuartel general imperial y real, 10 de octubre de 1806, á las cinco de la mañana.

El general Rapp me ha participado el feliz resultado de anoche. Me ha parecido que no tenía usted bastante caballería reunida, porque diseminada toda ella, le quedó muy poca parte á su disposición. Usted tiene seis regimientos: yo le recomiendo que se quedara con cuatro disponibles por lo menos, y ayer no le ví más que dos. Los reconocimientos hacia la derecha pierden ya hoy mucha importancia; llegando el mariscal Soult á Plauen, adonde conviene dirigirlos para saber bien lo que pasa es á Posneck y á Saalfeld. El mariscal Lannes llegó á Grafenthal ayer por la noche. Mañana acometerá á Saalfeld. Ya sabe usted cuánto deseo saber en todo el día el movimiento sobre Saalfeld, para que, caso de haber reunido allí el enemigo más de veinticinco mil hombres, pueda ya enviar refuerzos por la vía de Posheim y tomarle la espalda. He dado orden para que las divisiones de Dupont y de Beaumont marchen sobre Schleitz. Conviene, para lo que pueda acontecer, tener elegida una buena posición más allá de Schleitz que pueda servir de campo de batalla á más de ochenta mil hombres. Esto no debe servir á usted de obstáculo para aprovechar la madrugada en hacer escrupulosos reconocimientos hacia Auma y Posneck, haciéndolos sostener por la división de Drouet. La primera división del mariscal Davout estará en Saalburgo, las otras dos más allá, cerca de Obersdorf, y su caballería ligera más allá todavía. Envío orden al mariscal Ney para trasladarse á Tanna. Lo que más debe ocuparle á usted hoy debe ser: primero, aprovechar la jornada de ayer haciendo el mayor número de prisioneros y reuniendo todas las noticias que pueda; y en segundo lugar hacer reconocimientos hacia Auma y Saalfeld para saber positivamente los movimientos del enemigo. Con esto, etc., etc. — NAPOLEÓN.